

Asuntos Exteriores, sir Alec Douglas-Home, insistió en el argumento ya expresado de la necesidad de oponerse a la presencia de las fuerzas navales soviéticas en el Índico y a la necesidad estratégica de conservar la navegación por la ruta del Cabo libre de cualquier atentado.

Pero la cuestión puede provocar una crisis grave en la Commonwealth. Los Presidentes de Tanzania, Zambia y Uganda se han reunido en Dar-es-Salam para estudiar la situación. Tanzania ha anunciado su decisión de retirarse de la Commonwealth tan pronto como Inglaterra venda armas a Sudáfrica, y es posible que haya conseguido que las otras dos naciones africanas tomen la misma decisión. Kenya, que no estuvo presente en las reuniones de Dar-es-Salam, puede sumarse a esta decisión.

LA MUERTE DE MACLEOD

Una brecha en el Gobierno británico



La muerte de Ian Macleod, canciller del Exchequer —ministro de Finanzas— del Gobierno británico, es un golpe rudo para un Gobierno que tiene como principal misión restaurar la política dineraria. En el único discurso que tuvo ocasión de pronunciar como ministro había dicho que el electorado votó a los conservadores «porque esperaba medidas conservadoras, y las tendrá»; esto indicaba que se proponía un cambio claro de política. Se creía que era partidario de un «expansionismo moderado», capaz de cortar los peligros de inflación, y debía elaborar, como clave de esa política, el presupuesto de 1971, que sería el punto de cambio de toda la política económica británica. Estas ideas eran tanto suyas como del primer ministro, pero la capacidad y la energía de Macleod le hacían perfectamente idó-

neo para llevar adelante sus planes. Macleod sólo ha podido ejercer su cargo durante un mes. Había regresado a su domicilio después de haber sido operado urgentemente de un ataque de apendicitis. Sufrió una crisis cardíaca cuando se disponía a acostarse y murió diez minutos después. Tenía cincuenta y seis años.

IRLANDA

Cinco hombres vestidos de gris

Periodistas soviéticos han llegado a Belfast con el fin de averiguar si la C. I. A. apoya de verdad a los católicos irlandeses.

Belfast ha vivido, con particular intensidad, los días más largos, más dramáticos, más militarizados de su historia reciente. Se celebraba, como todos los años por las mismas fechas, el triunfo definitivo de los protestantes sobre los católicos en la batalla de Boyne (1690), Irlanda del Norte. Durante todo el mes de junio, los protestantes organizan pequeños desfiles preparatorios de la celebración del triunfo de la orden de Orange, pero las fiestas alcanzan su apogeo el 12 de julio en Belfast y se extienden durante el resto del verano a todo el país. Estas fiestas son tradicionalmente fastuosas, pero nunca hasta ahora se habían desarrollado en semejantes condiciones.

Fue necesaria la mayor operación jamás llevada a cabo para mantener el orden establecido dentro del Reino Unido: 12.000 soldados y más de 6.000 policías, que tienen al país bajo sus garras. Un ejemplo: Armagh, la pequeña capital del más pequeño de los condados de Irlanda del Norte. Su especialidad: las manzanas. Armagh se enorgullece de abastecer las manzanas que se consumen en el palacio de Buckingham. Otra especialidad: una cárcel. La cárcel donde purga su pena Bernadette Devlin, «Bernie» como se la llama cariñosamente. Una tarde a primera hora, poco antes del día del gran desfile, debía tener lugar una manifestación a las puertas de esa cárcel.

La cárcel es un edificio largo y de poca altura que ocupa uno de los lados de la plaza. Enfrente hay un gran césped en el que un grupo de niños y de mayores, vestidos de uniformes blancos, juegan al fútbol y al béisbol. Decenas de constables, con sus gorras y sus largos impermeables de color negro, están escaqueados por toda la plaza. A la izquierda y a la derecha, alambradas. Y detrás, soldados con uniformes color caqui, provistos de walkie-talkies y de coches blindados. En pleno centro de la plaza totalmente desierta, en una cabina telefónica roja, un hombre telefona. ¿A quién llama? La pequeña plaza provinciana se ha convertido de repente en un desierto

horrible y al mismo tiempo ridículo.

Y todas las calles, todas las callejas que salen del centro de la ciudad están, al igual que la plaza, bloqueadas. En una de las calles, considerada como particularmente peligrosa para el orden, los soldados están colocados a tresbolillo, carabina y cachiporra en mano. Ciento cincuenta manifestantes desfilan llevando pancartas: «People Democracy» (Democracia Popular), «Record de los Tories: veintitrés días en el poder, doce muertos», «Viva la izquierda proletaria», etc. Habrá discursos violentos, pero nada más. Ni siquiera un ratón hubiese podido atravesar la barrera levantada por los soldados británicos.

En Belfast hay dos largas calles paralelas: la Shankill Road, protestante, y la Falls Road, católica. Dos barrios enemigos. Entre los dos, el ejército británico ha levantado una muralla de hombres, de hierro, de alambradas, de carros blindados, de fusiles, que oficialmente se llama «la línea de la paz», pero a la que los católicos califican de «muro de la vergüenza irlandés». El día del gran desfile, el ejército ocupó todos los puntos estratégicos, registró todos los automóviles, persiguió a los «rebeldes» y ocupó ocho kilómetros de la autopista que lleva a Irlanda del Norte, para impedir la actuación de posibles francotiradores... Nunca se había visto nada parecido.

Y nunca estos desfiles triunfalistas habían sido objeto de críticas tan feroces. Es una vieja costumbre que siempre origina disturbios. Durante las noches que preceden al 12 de julio, los protestantes tiran sus muebles y trastos viejos por la ventana y hacen con ellos montones a los que luego prenden fuego. Las hogueras gigantescas que así se originan son un símbolo: es como si los protestantes quemasen al Papa. Mientras encienden las hogueras, los protestantes irlandeses cantan viejos aires folklóricos, cuyo contenido es aún más virulento. Por ejemplo:

«Hundidos hasta los ojos en la sangre papista. Hasta los ojos, en la carnicería. Venid, católicos ciegos...». Se creía que los protestantes se moderarían este año en vista de lo peligroso de la situación. Pero ocurrió todo lo contrario. Nunca hubo un desfile tan gigantesco. Los participantes llegaron de todos los rincones de Irlanda del Norte, de Escocia (4.000 personas), del Canadá, de Australia.

Un gran maestro, un viejo australiano de cabellos canosos, director de empresa, me dijo: «Vengo a Irlanda porque es preciso luchar contra la Iglesia católica, que no se contenta con lo estrictamente religioso, sino que tiene, además, ambiciones políticas».

Nunca antes se había prohibido la venta de bebidas alcohólicas en fecha tan señalada. Como tampoco se había visto llegar a Belfast a un grupito discreto, aunque evidente, de cinco hombres vestidos de gris dispuestos a seguir y analizar la crisis irlandesa. Los cinco se instalaron en el primer piso del Grand Central Hotel, ubicado en la Royal Avenue de Belfast, y fueron inmediatamente distinguidos de entre los cientos de periodistas de todo el mundo llegados expresamente a Irlanda del Norte para cubrir los acontecimientos. ¿Quiénes eran? Vladimir Dunayev, representante de la radio y la televisión moscovitas en Londres; Kobych, de «Izvestia»; Driaklov,

de la agencia Tass, y los corresponsales de «Trud» y de «Komsomolskaia Pravda». En una palabra, lo más granado de la prensa soviética destacada en Gran Bretaña, aunque no periodistas en el sentido estricto de la palabra, sino empleados del Gobierno soviético, fichados por el Intelligence Service. A cada desplazamiento de estos periodistas, sobre todo si se trata de un desplazamiento en grupo, se le concede un significado más político que periodístico.

La primera pregunta que se hicieron, pues, los observadores británicos: «¿Por qué habrán venido aquí?». Y observaron que la prensa soviética, desde hacía varias semanas, criticaba violentamente la actitud del Gobierno británico con respecto a Irlanda del Norte. Que Vladimir Dunayev, por ejemplo, hablaba en sus crónicas de los dieciséis mil opresores británicos y de los blindados que ocupaban las calles de Belfast y de Londonderry, al igual que los americanos habían ocupado las calles de Da Nang y de Huế. Y que el régimen de pacotilla de Saigón estaba apoyado por las bayonetas americanas del mismo modo que el régimen de Irlanda del Norte lo estaba por las bayonetas británicas. Y que, tanto en uno como en otro caso, se trataba de una guerra colonial.

Los observadores se preguntaron entonces si el repentino interés de los soviéticos por Irlanda del Norte se debía al acceso de los conservadores al poder o si obedecía, más bien, a lo explosivo de la situación.

A decir verdad, creo que el drama de Irlanda del Norte se internacionaliza. Por extraño que pueda parecer, uno se pregunta ya si este país no se estará convirtiendo en un pequeño Vietnam, una pequeña Cuba, un terreno de experiencias, en Europa, para los jóvenes revolucionarios internacionalistas y también para la C. I. A., de la que se está hablando mucho últimamente. La hipótesis más extendida es la de que los servicios secretos norteamericanos apoyan clandestinamente al I. R. A., ejército revolucionario de Irlanda del Sur, que apoya a su vez a los revoltosos de Irlanda del Norte con la esperanza de que, un día, la Irlanda reunificada se convertirá en un Estado independiente de Londres en el que podrán instalarse antenas estratégicas.

Nada grave ha ocurrido durante el gran desfile de julio. Pero si nada grave ha ocurrido ha sido gracias a la omnipresencia y eficacia del ejército británico. Si éste se retirase, se produciría una auténtica carnicería. Sin embargo, ¿cuánto tiempo va a mantener aquí el Gobierno británico a un ejército cuyos componentes empezaban ya a quejarse de las funciones de policía que les han asignado? Un soldado, por ejemplo, me dijo: «No somos C. I. A. ¿Por qué no traen aquí a los bobbies de Londres? Por lo menos servirán para algo».

Por su falta de formación política, los católicos aún no están maduros para la revolución, pero sí lo están para la revuelta. Todo es posible. Alguien (Carlos Marx, si mi memoria no me falla) escribió un día que la revolución vendría de Irlanda, porque allí se realizaban todas las condiciones, incluida la de la opresión religiosa. Quizá los dirigentes soviéticos y los cinco señores de gris hayan leído esas palabras y estén meditando. ■
YVON LE VALLANT.